

Benjamín Subercaseaux

Ensayo sobre la estupidez



— **C**UAL cree usted que es la nota dominante en la psicología del hombre actual? me preguntó en cierta ocasión un caballero que parecía estar muy satisfecho con nuestra civilización contemporánea.

—La estupidez, le contesté sin vacilar.

—Cómo se atreve a decir eso, me respondió indignado, ¿no ve acaso este mundo maravilloso que ha venido progresando desde la barbarie más obscura hasta alcanzar el dominio sobre la enfermedad, los elementos y las más altas especulaciones de la física y de la matemática?

El buen caballero tenía razón; pero hemos de convenir que no era mucha, y la poca que tenía no valía gran cosa.

La verdad es que el mundo actual nació de una élite envidiable, como tal vez no la hubo jamás. A ella le debemos los adelantos que, según parece, el mundo no estaba preparado para recibir.

Alguien me decía que, para ser rico, precisa ser muy sólido, de no ser así la riqueza se apodera del que la posee y termina por tiranizarlo. Algo semejante ha ocurrido con nuestra civilización. Pobre en el fondo, en lo que toca al espíritu, empobreció aún más con esta riqueza sobreabundante que le donó la élite intelectual. Es verdad que los sabios traían mejoras para el cuerpo y para el espíritu, pero la humanidad se apropió

de aquello que podía proporcionarle un poder y un goce inmediatos, y dejó de lado todo lo demás. Fué entonces que comenzó el reino definitivo de la necesidad. En las radios, en la prensa, en los púlpitos, en la política, en las rivalidades internacionales, en todas partes, se vió surgir el fantasma babeante y satisfecho de la estupidez.

Esta cuestión me pareció tan grave, que me puse a reflexionar largamente sobre el origen del extraño fenómeno. Fué una experiencia provechosa, porque en el camino me topé con algunas sugerencias que, lo confieso, eran totalmente nuevas para mí.

Sin embargo, la estupidez no es una novedad; tiene una tradición antigua y venerable. Ya un sabio de Grecia decía que nada había podido darle una noción del infinito: ni la extensión de la tierra, ni la inmensidad del cielo, ni el poder de los dioses, sólo la estupidez de los hombres le comunicaba una beatitud infinita y una sensación de eternidad.

Los griegos han sido siempre un poco exagerados. Sabemos que la palabra *estúpido* indica la privación total del espíritu y del juicio, si bien puede aplicarse también al asombro, o todavía, a aquellos espíritus pesados, faltos de movimiento e iniciativa que solemos encontrar por ahí. No se podría decir con propiedad que el hombre es estúpido por esencia. Al contrario, la inteligencia—modalidad opuesta a la estupidez—ha sido considerada desde tiempos inmemoriales como la característica propia de la especie humana, como su condición específica que la distingue y la eleva por encima de la animalidad.

«No seas como el caballo o el mulo que no tienen entendimiento». (Salmo 32:9), dice la vieja Biblia. Los animales, según la opinión consagrada, no poseen la inteligencia; ellos obedecen ciegamente al instinto y sólo tienen una vaga conciencia de lo que hacen. En todo caso ignoran cómo lo hacen, y no tienen la menor idea de la finalidad que persiguen al hacerlo.

Tal es el caso del célebre *Sphex* descrito por Jules Henry

Fabre. Esta pequeña avispa paraliza a su presa clavándole el estilete en el ganglio motor. Luego que la ha inmovilizado, la lleva al nido, pone sus huevos encima, sella el nido y muere al poco tiempo de haber terminado su misión. Esta larva paralizada sobrevive gracias a la delicada operación quirúrgica del *Sphex* que, aunque ignora la delicada anatomía de los insectos, consigue lesionarle los centros motores respetando, sin embargo, aquéllos que presiden a las funciones de la circulación y de la digestión. Al poco tiempo nacen los pequeños del *Sphex*, los cuales se alimentan de la carne viva y fresca de su presa, ya indefensa e incapaz de lesionarlos con su poderosa musculatura.

Cuando llegan al estado adulto, los descendientes del *Sphex* vuelven a ejecutar esa delicada operación que ignoran y que jamás vieron hacer a sus padres. Como decía Williams James: *Los instintos son actos hechos en vista de ciertos fines; sin conocimiento previo de estos fines, y sin educación inicial de estos actos.*

Todas las características propias del instinto caben en esta definición. Frente a ellas, no podemos hacer otra cosa que reconocer el profundo misterio que las rodea y preguntarnos de dónde viene esa *inteligencia casi exterior*, ajena al animal, que lo lleva a poner en práctica sus lecciones «aprendidas de la nada», cuyo significado no comprende y cuya finalidad se le escapa. Preguntas obscuras que tienen solamente dos respuestas tan obscuras como las preguntas: la teología o la metafísica.

No obstante, hay un hecho que nos interesa sobremanera para el fin que nos hemos propuesto, y es el siguiente; en la vida libre no hay animales estúpidos. Todos ellos obedecen a esa *inteligencia «venida como de fuera»* y que les fué concedida por partes iguales.

No ocurre así entre los hombres. La inteligencia y la razón—que son su privilegio máximo—están lejos de ser el patrimonio de todos. Más aun, son cualidades propias de un escaso número. Es increíble el porcentaje inmenso de hombres que

llevan una vida exclusivamente animal, salvo en lo que toca al lenguaje, aunque este último figura en muchos de ellos como un simple lenguaje emotivo, común al animal. Esto nos desorienta, porque tenemos la debilidad de atribuir un alcance mucho mayor a este lenguaje debido a que han sido intelectualizadas por el uso de las palabras mismas, pero no el empleo que de estas palabras hace el que las usa.

Podríamos decir que nuestro mundo civilizado, industrial y pensante, ha sido creado por unos pocos pensadores. La medicina, la química, la física, las grandes especulaciones matemáticas, la filosofía y el arte, han beneficiado a la masa, pero no son el producto de ella. Unos pocos biólogos, matemáticos, filósofos y escritores han echado las bases de nuestra civilización. La masa—como dijimos—se apropió los conocimientos, generalmente deformándolos, ya en un sentido perverso, ya en uno utilitario. Porque la ausencia de inteligencia creadora no supone necesariamente la falta absoluta de pasiones utilitarias. Al contrario, el hombre estúpido suele ver como ninguno, dónde está su conveniencia personal, y sabe aprovechar las creaciones de la inteligencia en su lucha por surgir. Los hombres del espíritu que dieron a las masas el fruto de su desvelos, suelen ser los primeros en verse arrollados por los que se aprovechan de lo que no produjeron. Es una de las grandes injusticias que la estupidez impone a la inteligencia. Todo el comercio nació de allí; desde el comercio semi-inteligente que beneficia a la colectividad, hasta el otro, que sacrifica la colectividad en provecho de unos pocos que terminan por perecer dentro del magnífico aislamiento a que los condena su ambición.

Como sea, el hombre ha perdido la directiva *exterior*, esa inteligencia común que guía a las especies animales bajo los dictados misteriosos del instinto.

En otras palabras, el hombre ha tomado conciencia de sí mismo, se ha emancipado de toda tutela metafísica y se ha dado una directiva psíquica *individual* para poder orientarse en

el mundo y hacer frente a las contingencias de la vida. La razón y la inteligencia han sido *el mecanismo de compensación* para suplir a las deficiencias de esa función obscura y somática que preside los destinos de las bestias.

La primera consecuencia de la individualización de estas funciones la encontramos en la *desigualdad mental* que se estableció entre un hombre y otro. A la benévola igualdad de los instintos sucedieron las dolorosas desigualdades de la inteligencia, y los hombres pudieron otorgarse, junto con la razón, el insigne privilegio de ser estúpidos.

* * *

Decíamos que la inteligencia fué una suerte de mecanismo de compensación mental para suplir a la extinción de los instintos que, como sabemos, no dominan en el hombre como en el animal. Esto nos lleva a pensar que esta «facultad» tan estimada viene a ser en buenas cuentas un proceso de equilibrio como los que se observan en los estados patológicos. Es sabido que el organismo, puesto en condiciones anormales, sea por un germen parásito, sea por condiciones físicas del ambiente que entorpecen su funcionamiento, recurre a otros mecanismos que vienen a reemplazar en cierta forma a las funciones deficientes. El aumento de los glóbulos rojos en las alturas, donde el aire enrarecido no suministra el oxígeno necesario, es una compensación que permite al organismo una mayor superficie de oxidación. El aumento de volumen del corazón en las personas que hacen ejercicios violentos; o en los paráliticos, el reemplazo de los centros de la locomoción por otras zonas cerebrales no destinadas a ese efecto, son hechos frecuentes.

Ya lo dijo Claude Bernard: «*El estado patológico no es otra cosa que el aumento o la disminución, la unión o la separación de elementos que, habitualmente, se presentan en otro estado*». El mecanismo de compensación que correspondió a la inteligencia

frente a la pérdida de los instintos, cabe perfectamente en esta definición, y no exageramos ni forzamos los hechos al decir que, dentro del mundo animal que nos corresponde, la inteligencia es un estado no habitual, anormal; patológico, si hemos de atenernos a la fórmula de Claude Bernard.

Si los médicos salieran de su marco profesional y utilitario, ampliando su concepto estrecho de la enfermedad, en el terreno meramente clínico, para llevarlo hasta el ancho campo de la Biología, pasarían a ser los amos del mundo, los directores del espíritu y de sus peligrosas manifestaciones. Porque, a decir verdad, el término «enfermo» es más bien de orden sanitario que biológico, así como el término «loco» es más bien de orden policial que psiquiátrico. Hay «enfermos» que no son materia de consultorio, así como hay locos que no necesitan del manicomio. Sin embargo, esto no quita de que existan neurópatas, y para el caso que nos ocupa, de que la inteligencia sea también un hecho patológico, sin ser por esto, un caso clínico.

Desde luego que las funciones mentales, cuando son correctas, no tienen nada de anormal. Ellas aparecen en el ser vivo desde el momento en que éste abandona su vida inmóvil y vegetativa y se constituye en individuo libre y *orientado* dentro del medio en que vive. Decimos que el ser vivo *se orienta*, cuando se dirige por sí mismo en la búsqueda de su alimento y de su hembra. Ello requiere el concurso de la vida mental, esa luz interior que llamamos la vida psíquica, y que no es otra cosa que la reacción ante sus propias acciones, o sea, la conciencia. Una planta no necesita de la vida psíquica, porque recibe de sus raíces el alimento, y del viento y de los insectos, el polen necesario a su fecundación. Los animales fijos, las ostras, por ejemplo, son también pasivos. Los alimentos vienen a ellos... o no vienen. Como dice Pierre Janet, en estos animales la vida es un azar y un éxito perpetuos. La ostra vive casi como una planta; la ventaja, sí, en la sensibilidad que la ayuda para

protegerse del peligro, advirtiéndole cuando debe cerrar sus valvas. En las ostras, la vida psíquica estaría de más.

Cuando aparece la libertad corporal, y con ella, la actitud de orientación, comienza el complicado mecanismo de los instintos a mover esa máquina semi consciente que llamamos el animal.

Se diría que una inmensa central desconocida, manejada por un ser perfectamente razonable y juicioso se ocupa en orientar a distancia estos pequeños aparatos vivientes, como esas ondas de radio que sirven para dirigir desde la tierra a los aviones sin piloto.

El ser humano es un animal que, por razones desconocidas, quedó insensible a las ondas directrices. Suelto en el mundo, con su aparato receptor sordo a toda indicación, le fué preciso hacer frente a los obstáculos creando para su uso particular un «piloto interior».

El vulgo ha dado en llamar a este piloto, *la Inteligencia*. Aquí como en otros tantos problemas de la psicología, la inteligencia no tiene ningún significado a fuerza de tener tantos. Tan pronto designamos con esta palabra a la exuberancia imaginativa, como a la facilidad de adaptación. Se dice que es inteligente el hombre que sabe llevar su negocio, como lo es el orador que se expresa con fluidez; llamamos inteligente al que coge rápidamente los hilos de un problema, y también designamos con esta palabra al político astuto que sabe colocarse en primera línea.

Todas estas modalidades son, en efecto, inteligentes, pero ninguna de ellas constituye, de por sí, la Inteligencia. La confusión proviene del hecho que en ellas hay un sinnúmero de mecanismos psíquicos entrecruzados donde la inteligencia desempeña un papel tan pronto primario como secundario. La Psicología pasó un período caótico de afirmaciones semejantes, resumidas en frases como éstas: «El animal no posee la inteligencia»; «Lo propio del hombre es la inteligencia», frases que

todos hemos oído repetir hasta la saciedad. En realidad, son afirmaciones vagas que no tienen una respuesta directa.

¿Que el animal no posee la inteligencia?, Naturalmente; ningún animal ha escrito la «Crítica de la razón pura». ¿Que la inteligencia es lo propio del hombre? Basta haber escuchado un debate entre diez o más personas para convencerse de lo contrario.

Hemos llamado *inteligencia* todos aquellos mecanismos complicados que no están al alcance del animal, porque suponen el lenguaje. Sin la simbolización no podrá existir esa manera extraña de ejecutar los actos exteriores *relatándolos* (plano verbal), *prometiéndolos* (la promesa y la creencia), *representándolos* (imaginación, ideas), *calculándolos* (matemáticas), *comparándolos interiormente* (juicios, razonamientos). Esto, naturalmente, no admite discusión. Pero no debemos confundir estos procesos, derivados del lenguaje exterior o interior, con la inteligencia que es otra cosa.

La verdad es que buscaríamos vanamente un rasgo común a todos los fenómenos que llamamos inteligentes si no vamos a buscarlos en su tierra de origen, en aquella región oscura donde los instintos, faltos de recursos ante la complejidad de los nuevos ambientes, se combinaron en un *acto intermedio* que, a la postre, resultó ser el «piloto interior», la Inteligencia, esa facultad máxima de adaptación que permite al hombre liberarse del «genio de la especie». Es verdad que la liberación se hizo a costa de su integridad, ya que esta nueva conducta, verdadero mecanismo de compensación, coloca al hombre dentro de una «segunda naturaleza», que podría ser comparada—como ya lo vimos—con las compensaciones y defensas que engendra la enfermedad.

Pero, primeramente ¿en qué consiste el *acto intermedio* entre dos instintos del cual nació la inteligencia?

Ya hemos explicado este ejemplo en otra parte, pero volveremos a repetirlo, porque ayuda mucho a la comprensión.

Un psicólogo, M. Kollér, en sus estudios sobre los monos antropoides, observó en cierta ocasión un hecho notable: En la vecindad de la jaula en que vivían estos animales había un bananero que dejaba pasar algunos plátanos al través de los barrotes. Como sabemos, los monos gustan de estos frutos y no pasó mucho tiempo que no fueran consumidos todos los que estaban al alcance de su mano, sea directamente, sea dando un salto para cogerlos.

Pero aquí comienza lo interesante. Uno de estos frutos, tal vez el último, estaba fuera del alcance de los monos. Uno tras otro se ensayaban en cogerlo sin poder lograrlo: el fruto pendía ahí, tentador, y fuera del alcance de los más astutos.

Koller tuvo la idea de colocar dentro de la jaula un cajón de una altura suficiente para poder alcanzar el plátano si los monos subían sobre él. Naturalmente, lo colocó en un rincón cualquiera.

Ante la novedad, los monos comenzaron a jugar con el cajón, tan pronto subiéndose sobre él, como volviendo a su tentativa primera de coger el plátano a saltos.

La verdad es que estos pobres monos se encontraban ante una situación totalmente nueva. En la naturaleza no hay cajones que se puedan trasladar, ni plátanos que no se puedan alcanzar: basta con subirse por el tronco. Pero en este caso, el tronco estaba fuera de la jaula.

Como decía, los monos jugaron un tiempo, pero uno de ellos, separándose súbitamente del grupo, comenzó a empujar el cajón hasta colocarlo debajo del plátano; subió sobre él y cogió el fruto.

Este hecho merece un análisis.

El acto de saltar desde el suelo para alcanzar algo, es simplemente instintivo. También el acto de subir sobre un cajón o sobre cualquier cosa es también un reflejo instintivo que observamos en ciertos animales y también en los niños. Pero—aquí comienza lo extraño—el acto de colocar el cajón bajo el plá-

tano con la intención de subir sobre él para alcanzarlo, es un *acto intermedio* entre dos conductas instintivas: es el primer acto inteligente. Todo lo que se diga después de los actos llamados inteligentes, no son otra cosa que variaciones más o menos complejas del mismo tema. Ya el instinto ha sido abandonado frente a la circunstancia inesperada: «el piloto interior» ha tomado el mando. Para este caso era necesario que fuera así. Ya lo hemos dicho: en la naturaleza, los monos no encuentran jaulas ni cajones. No obstante, la necesidad del alimento sigue siendo tan imperiosa dentro de la jaula como en la vida libre. Es entonces que irrumpe el «piloto interior» para dar solución a un nuevo estado de cosas que no admite espera.

En el hombre primitivo ocurrió, sin duda, algo semejante, y estas circunstancias nuevas al multiplicarse hicieron de un hecho transitorio un acto estable, *una segunda naturaleza de compensaciones psíquicas* que nos llevó paulatinamente a la vida mental que tenemos hoy en día.

Hemos visto que esta modalidad nacida de la inteligencia, trajo como primer resultado el que los hombres fueran diferentes en cuanto a su aptitud para ejercerla. Hay hombres más inteligentes y los hay menos. A pesar de que, como ya lo hemos dicho, estas diferencias son relativas debido al hecho de que llamamos «inteligencia» a una multitud de combinaciones mentales que hacen del hombre un ser mejor o peor adaptado a la realidad. Hay hombres «inteligentes» en los negocios y estúpidos, por ejemplo, para comprender este ensayo. A la inversa, especialistas en alguna rama del saber, pueden ser engañados como burdos campesinos en lo que toca al dinero.

Así, pues, si hemos de fijarnos un criterio en la apreciación de la inteligencia, y por ende, de la estupidez, será preciso buscar en otra parte la cualidad *específica y práctica* (no ya psicológica y científica como fué el caso para el *acto intermedio*) que puede fijar una u otra modalidad.

Nosotros hemos creído encontrarla en lo que llamamos: *la resistencia frente al poder embrutecedor de los días*.

La monotonía que encierra fatalmente el devenir, comporta una acción demoledora del tiempo sobre las iniciativas de la mente; no sólo un desgaste de la voluntad sino que también un temor o un desinterés por la aventura del espíritu.

Cuando en nuestra civilización mecanista hablamos de trabajos que embrutecen al hombre no hacemos más que poner en relieve uno de los aspectos demoledores del vivir. La verdad es que el hombre, desprovisto de sus instintos, se ha encontrado inerme frente a ese hecho misterioso que llamamos «el tiempo». La repetición de sus actos habituales que, en cierto modo, son provechosos para la formación de la costumbre y de la precisión, lo han llevado a una pereza mental que es una de las formas más comunes de la estupidez contemporánea.

El animal que obedece a sus instintos lleva dentro «su propia cuerda», su *élan vital*, enteramente inmune a la acción erosiva del tiempo. En cambio, esta segunda naturaleza que hemos llamado *inteligencia*, está amenazada continuamente por una degradación de la energía.

Así, pues, llamaremos «inteligente» sólo a aquel acto de perpetua vigilia que es lo propio del hombre que sabe luchar contra el onirismo de los días. Inversamente, identificaremos con la estupidez esa incapacidad que demuestra la mayor parte para sobreponerse al yugo ciego de la costumbre y de la tradición.

Porque es preciso recordar que la estupidez no debe ser identificada con la imbecilidad y otros estados donde la inteligencia está ausente. Son estados negativos. La estupidez es activa. Más aun, aunque parezca una paradoja, diría que es necesario tener cierta capacidad mental para ser verdaderamente estúpido. El idiota y el imbécil, son regresiones al tipo primitivo donde los instintos vuelven a florecer bajo la forma de la violencia ciega o de la incontinencia refleja. El estúpido es otra

cosa. En él no hay vuelta a los instintos sino, más bien, un alejamiento cada vez mayor que lo lleva poco a poco a un plano de irrealidad y de inadaptación.

El «vigilante perpetuo», como hemos llamado a este tipo de inteligentes, es por el contrario un hombre que cobra fuerzas cada mañana y cada vez que toca la tierra, como en el mito de Anteo. El logra ese milagro continuo de ver las cosas más sencillas como si las contemplara por primera vez.

En otro estudio hemos llamado a esta actitud: *la mirada nueva*. Es una modalidad que se emparenta con la inteligencia tradicional en cuanto requiere una buena capacidad mental, pero que, por otra parte, difiere de ella en cuanto sabe resistir al tiempo aprovechándose del instinto en una de sus formas más puras—tal vez la única forma consciente de instinto—: la intuición. El estúpido no tiene nada de instintivo y repugna del instinto. El es el fruto directo de la inteligencia tradicional, incapaz de resistir a la percepción habitual y monótona de las cosas. Es este último carácter, sobre todo, el que ha llevado a a los espíritus libres de nuestra época a mirar con malos ojos al reaccionario (en el terreno político), al tradicionalista (en el terreno religioso), al moralista formal (en el terreno moral), y al rutinario (en el terreno científico o comercial). Parecen ser la encarnación misma de la estupidez. Y en realidad es así. Día a día, el tiempo va actuando sobre ellos hasta hacerles representar un rol caduco, inadaptado, que en su esfuerzo para conseguir una adaptación tardía, resulta a la postre injusto, incomprendido, o simplemente hipócrita.

La «mirada nueva», inversamente a la *inteligencia-compensación*, no es una forma patológica producida por la orfandad instintiva sino una vuelta a la salud que comporta una adaptación adecuada a la realidad. La vieja inteligencia le presta su conciencia que viene a ser, en buenas cuentas, los ojos del instinto ciego. Por otra parte, el instinto le confiere su juventud eterna que le permite luchar contra el poder embrutecedor de

los días gracias a esa luz siempre encendida que llamamos la intuición. En otras palabras, la «mirada nueva» es el instinto rehabilitado que logra, por fin, observarse a sí mismo. Ya no se hablará más de facultades «bajas», propias del animal, y de facultades «altas», propias del hombre. Lo que interesa es una sana adaptación a la realidad para liberar al hombre de los mitos que lo aprisionan y hacerlo mejor y más apto para enfrentar la vida.

Casi todas las formas que reviste la estupidez en nuestro tiempo derivan de esta incapacidad para adquirir la mirada nueva. No que ella sea difícil, sino que supone cierto desinterés por la gloria inmediata y un armonioso desorden para no dejarse someter por los «tabus» y a las opiniones consagradas. (Nuestro ensayo sobre el Sexo fué concebido en esta forma). El hombre de la «mirada nueva» debe ser libre, estudioso y rebelde: pero de buena rebeldía, aquella que escapa siempre a la sumisión porque en cada fuga sabe desprenderse alegremente de algún beneficio material. El estúpido, vive prisionero y sometido a sus ambiciones bastardas. Su preocupación creciente por el presente utilitario comienza por hacerlo mentir y termina por hacerlo creer en su mentira. El vive de la «última novedad», que luego falsea para adaptarla a su falso concepto de la vida. El no gusta del pasado acusador que podría ser visto en otra forma y denunciarlo con todo el peso de la realidad. Los remordimientos no vienen nunca del futuro sino del pasado. Por esto gusta de los acontecimientos nuevos y de los libros nuevos. Los libros viejos se pierden, cubiertos de polvo, bajo la avalancha de los libros nuevos. Sin embargo, es en los viejos donde se podría hallar los materiales necesarios para una intuición verdaderamente original. Para el hombre de hoy, lo nuevo es algo que se identifica con la novedad del futuro, en lo que éste comporta de sucesión desconocida. No comprende que lo verdaderamente nuevo es lo ya existente, lo antiguo—si se quiere—.

pero percibido en forma libre, sin el halo del prejuicio y de la sensación acostumbrada.

El hombre moderno se embrutece levantándose a la misma hora, haciendo el mismo recorrido, comiendo, oyendo su radio, yendo diariamente al cine, volviéndose a acostar y volviéndose a levantar con igual método. Pensemos en el hombre libre y primitivo y en su desorden magnífico, no aquél que viene de la pereza, que es otra forma de embrutecimiento. El desorden del primitivo viene de la infinita variedad de circunstancias que le impone la incertidumbre de su vida. Es así que la inteligencia se mantiene despierta y que las cosas pueden ser observadas como por primera vez. Es cierto que el mundo moderno no nos permite variaciones exteriores continuas, por esto el hombre de la mirada nueva debe llevar esas variaciones dentro de sí mismo; en otras palabras, debe ser un inquieto. Los estúpidos viven amarrados a la tradición. El hombre libre: marino, viajero o vagabundo enfrenta cada día una dificultad de un orden diferente. Va y viene. Hace—como dice el refrán— «de su capa un sayo». Es así que consigue mantener fresco su espíritu y alegre su despertar. Por esto, cuando envejece, su vida de tierra adentro es una manera de anticipar su propia muerte. El estúpido en cambio se acuesta y se levanta malhumorado. Su debilidad manifiesta se esconde bajo la máscara de la gravedad o de la intransigencia, su incompetencia intelectual se traduce en un odio o en un falso desprecio por los valores del espíritu.

No obstante, aunque parezca extraño, esta variedad de estúpidos tiene en sus manos el poder. En la política, en la cátedra, en el púlpito, en la familia, son los que triunfan, porque imponen su régimen a una mayoría que está pronta para aceptarlo debido a que presienten en ellos los mismos elementos de que están compuestas sus vidas,

El hombre de la «mirada nueva» es el profeta que nunca lo fué en su tierra, y que desde que aparece, despierta los odios

más enconados y la más injusta de las resistencias: aquella que se le opone a *sabiendas de que está en la razón*.

Creo que esta modalidad representa bastante exactamente lo que está ocurriendo a nuestro alrededor. La inteligencia «antigua» nos ha llevado a todos los excesos, y no pudiendo dar más, ha caído en las formas falsamente proféticas y delirantes que nos muestra el decadentismo actual.

Podemos decir ahora, sin sonrojarnos, que estamos hartos de una inteligencia que, en el fondo, no es otra cosa que el reverso de la estupidez reinante. Desigualdad, complejidad, maldad, incomprensión, inconsecuencia son los frutos más comunes de la estupidez de nuestro tiempo. La inteligencia tradicional, huérfana de esa suprema sabiduría de la especie que son los instintos, ha colaborado activamente en el embrutecimiento de nuestro mundo. Si en algo podemos basarnos para decir que un mundo está muriendo y de que otro renace, es precisamente en este segundo advenimiento de una nueva inteligencia que no cree en la jerarquía de las funciones psíquicas y que tiende la mano al instinto, consciente ahora y despierto después de una larga enfermedad que miramos como una pesadilla: el mundo que pasó.

En este otro mundo que comienza, hay, felizmente, una tendencia en el sentido de rehabilitar el instinto y la «mirada nueva». Pero era necesario explicar su origen y *situarla* dentro de los complejos procesos de la mente humana.

No hemos pretendido hacer otra cosa con este ensayo.

Villa Fontana, Agosto de 1939.